

**ESA FEMENINA OSCURIDAD O EL ETERNO FEMENINO EN EMMANUEL
LEVINAS**

Karen Glavic*

Resumen

A través de un análisis del *Eterno Femenino* en Emmanuel Levinas, pretendemos dar cuenta del problemático ocultamiento que sufre lo femenino a partir de su posicionamiento como alteridad-contenido. A partir de nociones como *caricia*, *Amada*, o *relación cara-a-cara*, recorreremos ciertos pasajes de la obra de Levinas, desvelando cómo su concepción de lo femenino no logra desprenderse de la tradición excluyente.

Descriptores: Femenino- alteridad- Amada- ocultamiento- caricia

Recibido en julio de 2009/ Aceptado en agosto de 2009

* Socióloga Universidad ARCIS, Magíster © en Filosofía mención Axiología y Filosofía Política Universidad de Chile. E-mail: karenglavic@gmail.com

Partida

El presente ensayo tiene por intención repasar y comentar los modos en que Emmanuel Levinas ha incluido el tema de lo *femenino* en su obra, especialmente en los textos *El tiempo y el Otro* y *Totalidad e Infinito*, en el capítulo “Fenomenología del Eros”. La lectura que aquí proponemos no tiene la intención de agotarse, sino más bien de abrir y presentar ciertas críticas que, desde la teoría feminista, se han hecho al trabajo de Levinas.

Lo femenino no será comprendido en este trabajo a partir de un significado único y fijo, sino que, más bien, será precisamente esa pretendida unidad la que intentaremos evitar. Para esto, se pondrá lo femenino en discusión con una serie de términos propios de la obra levinasiana que operan de manera paralela, contigua y relacionada; por ejemplo, las nociones de *caricia*, *relación cara-a-cara*, *diferencia sexual* o *Amada*. Todas éstas serán presentadas –examinadas–, primero, bajo la lectura que nuestro autor propone, ‘hurtándose de la luz’¹; segundo, abriendo un espacio a la reflexión, enunciando la secuencia que se sigue del trazado crítico de la obra levinasiana y las consecuencias que esto trae para pensar lo femenino.

Si pudiéramos, por lo tanto, situar el punto de partida, el lugar de ida y regreso que pretende movilizar a este trabajo, sería precisamente aquel texto de *Totalidad e Infinito* en donde Levinas *nombra* al *Eterno Femenino*, ahí donde lo femenino se expone en su condición dual, apareciendo su contenido de alteridad.

“La amada, a la vez apresable, pero intacta en su desnudez, más allá del objeto y del rostro, y así más allá del ente, se mantiene en la virginidad. Lo femenino esencialmente violable e inviolable, el «Eterno Femenino» es lo virgen o un volver a comenzar incesante de la virginidad, lo intocable en el contacto mismo de la voluptuosidad, en el presente futuro. No como una libertad en lucha con su conquistador que niega su reificación y su objetivación, sino como una fragilidad en el límite del no-ser; del no-ser en el que no se aloja solamente lo que se apaga y no es *ya*, sino lo que aún no es”².

1. Levinas y lo femenino

En *El Tiempo y el Otro* Levinas define la relación con el Otro de un modo no recíproco, capaz de quebrantar la contemporaneidad, como una ‘relación sin relación’ en la que “(...) *el otro en cuanto otro no es solamente un alter ego; es aquello que yo no soy*”³. La condición misma de su alteridad lo hace un Otro ni intercambiable ni recíproco, un Otro que a los ojos de Levinas es, por ejemplo, el débil, el pobre, la viuda y el huérfano⁴, mientras que el Yo (el Mismo) es el rico y el poderoso.

Levinas antecede la reedición de *El Tiempo y el Otro*, con un prefacio en el cual explicita aquellas consideraciones necesarias para un trabajo sobre el que han pasado treinta años, por lo que sería necesario precisar y considerar ciertas observaciones respecto de

¹ Para Levinas lo que define lo femenino es el ocultamiento. “Hurtarse de la luz” es la metáfora levinasiana –adelantamos– que da cuenta de este sustraerse.

² Levinas, Emmanuel, *Totalidad e Infinito*, Sígueme, Salamanca, 2002, p. 268.

³ Levinas, Emmanuel, *El Tiempo y el Otro*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 127.

⁴ Cfr. *Ibíd.*, p. 127.

aquellos escritos publicados en ‘años de apertura filosófica’. *El Tiempo y el Otro* no presenta al tiempo como horizonte ontológico del ser del ente, sino como modo del *más allá del ser*, como relación del pensamiento con lo Otro que, mediante diversas figuras de la socialidad, aparece frente al rostro de otro hombre: erotismo, paternidad, responsabilidad respecto del prójimo –como relación con lo Absolutamente Otro, con lo Trascendente, con lo Infinito.

El tiempo en su diacronía permite una relación que no compromete la alteridad del Otro, pues como bien señala Levinas:

“El tiempo significa ese siempre de la no coincidencia, pero también el siempre de la relación –del anhelo y de la espera–: un hilo más delgado que una línea ideal y que la diacronía no puede cortar; es ella quien le preserva en la paradoja de una relación diferente de todas las relaciones de nuestra lógica y de nuestra psicología que, a modo de comunidad última, otorgan al menos sincronía a sus términos. Se trata aquí de una relación sin términos, espera sin esperado, anhelo insaciable”⁵.

A Levinas le interesa recalcar, en el prefacio, que si bien las conferencias allí reunidas son *esbozos* o *recopilaciones preparatorias*, de lo que se trata es de una *fenomenología de la alteridad y de su trascendencia*, de una noción de alteridad trascendente que es obra del tiempo y “*que se investiga a partir de una alteridad-contenido, a partir de la feminidad*”⁶.

¿Pero qué es esto de la feminidad o la masculinidad? ¿A qué refiere aquello de la diferencia de los sexos? La feminidad, o la trama de la diferencia de los sexos en general, nos dice Levinas, “*se nos aparece como una diferencia que contrasta con todas las demás diferencias, no solamente como una cualidad diferente de todas las demás, sino como la cualidad misma de la diferencia*”⁷. La feminidad, lo femenino que exploraremos en este trabajo, es la posibilidad de una alteridad capaz de retener por completo su otredad. Lo femenino es aquel término capaz de contener a la alteridad y de ser contenido, a la vez, de ésta.

Levinas propone buscar las huellas de la forma original de la relación con el Otro en la historia de la vida civilizada: ¿existe alguna situación en la que aparezca en toda su pureza la alteridad del otro? ¿existe, acaso, una alteridad que no sea el simple reverso de su identidad? ¿no habría una situación en la que un ser poseyese la alteridad a título positivo, como esencia⁸? Para Levinas la única alteridad que no se reduce a la oposición simple y pura de dos especies de un mismo género –y que es lo contrario, absolutamente, sin ser afectado por la relación que puede establecer con su correlato– es lo femenino.

La diferencia sexual, la posibilidad de una relación con el Otro sin subsunción, es para Levinas una diferencia formal que tiene la capacidad de *troquelar*, de acuñar, de significar la realidad de un modo radicalmente diferente. La diferencia sexual posibilita que la realidad misma sea una multiplicidad y no una unidad, donde la dualidad de dos seres que se encuentran no es tampoco una dualidad de términos complementarios, pues no hay un

⁵ *Ibid.*, p. 70.

⁶ *Ibid.*, p. 74.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Cfr. Ibid.*, p. 128.

todo que los presuponga y que anuncie su posibilidad de complementarse. En *El Tiempo y el Otro* se propone lo siguiente: “decir que la dualidad sexual presupone un todo es plantear de antemano al amor como fusión”⁹. Por el contrario, “lo patético del amor consiste en la dualidad insuperable de los seres”¹⁰, relación en la que el Otro se nos oculta para siempre, pues la relación no debe neutralizar la alteridad, sino conservarla.

El amor, su posibilidad, sólo puede darse cuando se evidencia que la relación erótica no está antecedida por una relación de posesión, de poder. Para que sea posible una relación de *comunicación erótica*, no debe existir una presuposición, una totalidad anterior que fusione los términos. Precisamente, la posibilidad que abre lo femenino como contenido de alteridad consiste en una relación en donde ambos seres son inabarcables, inapresables, pues su propio contenido, su esencia, los hace ser completamente otros. Dice Levinas:

“¿Existe alguna situación en la que aparezca en toda su pureza la alteridad del otro? ¿Existe alguna situación en la que el otro no posea la alteridad como simple reverso de su identidad, que no obedezca a la ley platónica de la participación en la que todo término contiene lo mismo y, por ello, contiene lo otro? ¿No habría una situación en la que un ser poseyese la alteridad a título positivo, como esencia? ¿Qué clase de alteridad es aquella que no se reduce pura y simplemente a la oposición de dos especies de un mismo género? Pienso que lo contrario absolutamente contrario, aquello cuya contrariedad no es afectada para nada por la relación que puede establecer con su correlato; la contrariedad que permite que un término retenga absolutamente su otredad es lo *femenino*”¹¹.

Como ya destacamos al comienzo, para dar cuenta de lo femenino es necesario relacionar una serie de términos propios de la obra levinasiana; nociones como las de *caricia*, *relación cara-a-cara*, *diferencia sexual* y *Amada* que componen la trama que le da vida y lo pone en obra.

Que lo femenino sea aquel término que *retenga absolutamente su otredad*, posibilita que la unión entre dos, la relación erótica, sea pensada desde la alteridad que hace que el Otro no pueda ser *aprehendido, conocido, develado*. “La relación con el Otro no anula la separación. No surge en el seno de una totalidad y no la insta a integrar en ella al Yo y al Otro”¹². Dicha relación se da en un *cara-a-cara* que no presupone una totalidad anterior que determina los términos que se encuentran. Por el contrario, este *cara-a-cara* abre la posibilidad para que el Otro se presente en su alteridad. Otro, nos dice Levinas en *Totalidad e Infinito*, que se sitúa en tanto Otro en una relación de *altura y abatimiento*¹³, siendo éste, a decir verdad, un ‘glorioso abatimiento’, pues permite que el Otro aparezca en su condición de alteridad, múltiple, móvil y sin un tercero que juzgue y someta la relación en referencia a un Yo.

La fisura –la grieta– que se abre y que separa la relación entre el Yo y el Otro, se establece a partir de esta desigualdad primera, ahí donde el contenido del ser coincide con su alteridad. La relación intersubjetiva planteada por Levinas comienza afirmando que los términos que se encuentran no son iguales. El lenguaje, de este modo, intentaría superar

⁹ *Ibíd.*, p. 129.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*, pp. 127-128.

¹² Levinas, Emmanuel, *Totalidad e Infinito*. Sígueme, Salamanca, 1997, p. 262.

¹³ *Ibíd.*

esta *fisura*, ‘ligando’ los términos separados a través del llamado a una relación asimétrica, no recíproca, en la que hemos de donar antes que recibir, en la que hemos de recibir al Otro en su irrupción que habla.

La relación *cara-a-cara*¹⁴ que plantea Levinas, relación con el Otro que no es anulada por la separación que la constituye y en donde se produce el encuentro con el Yo, está dada por la caricia. La caricia es a su vez “*la medida de la alteridad*”¹⁵. Cuando preguntamos por una caricia, preguntamos “*en realidad por la alteridad que allí está en juego*”¹⁶:

“La caricia como el contacto, es sensibilidad. Pero la caricia trasciende lo sensible. No se trata de que se sienta más allá del sentido, más lejos que los sentidos, que se apodere de un alimento sublime, mientras conserva, en su relación con este sentido último, una intención de hambre que va hacia el alimento que se insinúa y se da a este hambre, sino que la profundiza, como si la *caricia se nutriese de su propio hambre*”¹⁷.

La caricia no apresa nada, solicita lo que se escapa hacia su por-venir, busca sin intentar dominar a un Otro: “*La caricia busca, más allá del consentimiento o la resistencia de una libertad, lo que no es aún, un “menos que nada”, cerrado y que dormita más allá del porvenir y, en consecuencia, que dormita de modo muy distinto de lo posible, el cual se ofrecería a la anticipación*”¹⁸. La relación que implica la caricia permite que el cuerpo se desnude de su forma misma y se ofrezca como desnudez erótica. La caricia no constituye, no modela, no aprehende. Busca y espera. Espera un por-venir sin porvenir.

La caricia se pierde en lo que acaricia y afirma a lo Otro, a la alteridad, sin revelarla ni apresarla. Es la relación *concreta* que se establece con un Otro, pues si:

“(…) la alteridad ha de ser un concepto vivido y no sólo pensado, es porque ella, la alteridad, nace de su propia posibilidad de ser ‘algo’ que pueda encarnarse, nace de la relación concreta con el prójimo, no antes. Si la caricia en Levinas es la forma concreta de mantener una relación con la alteridad absoluta, es porque la caricia no comporta ninguna intención constitutiva ni del Otro ni del Mismo. (...) La caricia se pierde en lo acariciado y este éxodo no comporta ninguna tierra prometida, sino puro porvenir sin objeto, es decir pura afirmación de lo Otro”¹⁹.

La caricia, podemos afirmar entonces, no es una intencionalidad de develamiento del Otro, sino que una intencionalidad de búsqueda.

En la “Fenomenología del Eros”, en *Totalidad e Infinito*, Levinas explica cómo la relación intersubjetiva que representa el amor, apunta al Otro señalándolo en su debilidad, es decir, presentándolo en tanto que ‘componente’ de la ‘relación sin relación’ entre el Yo y

¹⁴Recordemos que en *El Tiempo y el Otro*, Levinas subraya que la ‘novedad’ de la relación cara-a-cara es la apertura a la posibilidad de mantener una relación con el Otro que, a pesar de la separación que la constituye, genera un encuentro, que no es fusión ni subsunción y que a diferencia del *Mitsein* heideggeriano, no agota de antemano al Otro pues comienza la relación intersubjetiva a partir de la trama del Otro y no a partir del *Dasein*.

¹⁵Gutiérrez, Claudia, “¿Qué es una caricia? Figuras de la alteridad en Sartre y Lévinas”, en *Jean Paul Sartre: Fenomenología, crítica y dialéctica*, editado por Sergio Rojas, Universidad ARCIS, Santiago, 2004, p.157.

¹⁶ *Ibid.*, p. 158.

¹⁷ *Totalidad e Infinito*, ed. cit., p. 267.

¹⁸ *Ibid.*, p. 268.

¹⁹ Gutiérrez, Claudia. op. cit., p. 165

el Otro que, como habíamos destacado, es una relación desigual, asimétrica, en la que dicha asimetría comporta la positividad que la alteridad posee. El amar es temer por el otro, socorrer su debilidad ‘positiva’; el amor es una relación de hospitalidad: una relación ética. Dice Levinas:

“En esta debilidad, como en la aurora, se levanta el Amado que es la Amada, Epifanía del Amado, lo femenino no viene a agregarse al objeto y al Tú, previamente dados o recobrados de lo neutro, el único gran género que la lógica formal conoce. La epifanía de la Amada, no se distingue de su *régimen* de ternura”²⁰.

La *modalidad de lo tierno*, la manera en que la Amada ‘se muestra’ (*epifanía de la Amada*), es una fragilidad extrema, límite del ser y el no-ser. Se trata de aquello que se mantiene en “*el límite de una existencia ‘sin modales’, ‘sin ambages’, de un espesor ‘no significativa’ y crudo, de una ultramaterialidad exorbitante*”²¹. La Amada y su condición de femenino, de *feminidad*, es fragilidad y no-significancia, es *espera* e inmovilidad ante el movimiento del amante que frente a esta “*debilidad de la feminidad, que no es ni compasión pura, ni impasibilidad, se complace en la compasión, se absorbe en la complacencia de la caricia*”²².

La virgen, lo tierno y lo femenino o *Eterno Femenino* son las metáforas con las que Levinas construye la *Fenomenología del Eros*. Todas éstas como figuras de lo imposible, de lo inapresable, de aquello que aún no es, de lo que no tiene lugar. En la caricia acontece la intención de violación de lo virgen, pero esta intención nunca llega a concretarse: lo virgen se mantiene sin profanarse y comienza de nuevo, se reactualiza en un tiempo sin porvenir, sin destino. La caricia, como intencionalidad de ‘concretización’, busca sin destino, y en esa búsqueda *toca* a lo acariciado sin apresararlo, sin poseerlo, sin subsumirlo. La relación de voluptuosidad que aquí emerge, la relación de deseo entre un Yo y un Otro, se inscribe en un presente que deviene futuro mediante la reactualización, mediante la irrupción de una nueva caricia que nunca cesa de desear, que nunca cesa de desear acariciar a la Amada.

Lo femenino se debate en el límite entre el ser y el no-ser, entre la posibilidad de ser profanado y de mantenerse intacto, sin ser descubierto, sin ser violado. Lo femenino es ocultamiento, misterio y pudor. Es la posibilidad de preservar este misterio a pesar de la profanación. Es un escapar, un esconderse de la luz.

2. Una cierta *no woman’s land*²³

Son muchas las metáforas que Levinas emplea para retratar lo femenino o sus

²⁰ Levinas, Emmanuel. *Totalidad e Infinito*, ed. cit., p. 266

²¹ *Ibid.*, p. 266.

²² *Ibid.*, p. 267.

²³ Levinas define en *Totalidad e Infinito* a la *no man’s land* como la modalidad que lo tierno designa para sostenerse entre el ser y el no-ser-aún. Modalidad, nos dice Levinas, “*que no se distingue como una significación, que, en modo alguno ilumina, que se apaga y se desmaya, debilidad esencial de la Amada que se muestra vulnerable y mortal*” (p. 269). Una *no woman’s land* podría ser la reaparición de la exclusión femenina, ahora en la clave de Levinas, que sigue siendo exclusión al fin y al cabo. Más profundización sobre esta problemática puede encontrarse en Chanter, Tina (ed), *Feminist Interpretations of Emmanuel Levinas*, Introduction, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 2001.

‘fronteras’: lo tierno, la voluptuosidad, lo virgen, etc., metáforas que construyen una cadena de significaciones que dan vida a la “Fenomenología del Eros”. Pero ¿qué es esto de lo femenino?, ¿qué es lo que ha hecho que Levinas acuda a esta noción para retratar la alteridad-contenido? Probablemente hay una apuesta que apunta hacia la construcción de la socialidad, construcción que aparece cuando en la relación amorosa entre hombre y mujer, nace el hijo. Desenlace para el que es necesario una mujer-madre, una mujer portadora de una alteridad que no busca la libertad, que no busca enfrentarse en una lucha de poder; una alteridad capaz de engendrar al *hijo* que ofrece una posibilidad *más allá* del padre (un cierto por-venir), en el que ese *hijo* que no me pertenece es a la vez *yo* mismo.

Levinas describe lo femenino como un *misterio*:

“Este misterio de lo femenino –lo femenino, lo esencialmente otro– no remite tampoco a la noción romántica de la mujer misteriosa, desconocida o ignorada. Si, a pesar de todo, para sostener la tesis de la posición excepcional de lo femenino en la economía del ser, me remito fácilmente a los grandes temas de Goethe o de Dante, a Beatriz y al Ewig Weibliches, al culto de la Dama en el entorno de la caballería andante y de la sociedad moderna (culto que no se explica únicamente por la necesidad de sujetar con mano dura el sexo débil) y si, más precisamente, pienso en las páginas admirablemente audaces de Léon Bloy en las Cartas a su novia, no es para ignorar las legítimas pretensiones del feminismo, implicadas en los propios logros de la civilización”²⁴.

Pero, ¿por qué sujetar *con mano dura al sexo débil* a pesar de todo? ¿Por qué identificar a la mujer con su capacidad de ser madre? Probablemente el intento de Levinas por desestabilizar las categorías del ser a través de la potencia que esta alteridad contenida en lo femenino representa, en su multiplicidad y en su movilidad, en su fuga, en su misterio, es un gesto con un contenido y una intencionalidad radical: situar el comienzo de cualquier relación en el recibimiento del Otro, cuestiona cómo, hasta el momento, se ha comprendido la relación ética en una relación erótica y luego en la comunidad. Sin embargo, no podemos olvidar que con esto “Levinas reitera los estereotipos más tradicionales cuando caracteriza a lo femenino bajo las dimensiones de silencio, misterio, ocultamiento, modestia, retirada, domesticidad y maternidad”²⁵. Lo femenino vuelve a ser situado bajo las concepciones que le han costado su exclusión de la trama del ser, pese a que Levinas se esfuerce en insistir en la positividad de esta ‘oscuridad femenina’. Nos dice:

“Lo que me parece importante en esta noción de lo femenino no es únicamente lo incognoscible, sino cierto modo de ser que consiste en hurtarse a la luz. Lo femenino es, en la existencia, un acontecimiento diferente de la trascendencia espacial o de la expresión que se dirige hacia la luz. La forma de existir de lo femenino consiste en ocultarse, y el hecho mismo de esta ocultación es precisamente el pudor. De modo que esta alteridad de lo femenino no consiste en una simple exterioridad como la de un objeto. Tampoco es consecuencia de una oposición de voluntades. El otro no es un ser con quien nos enfrentamos, que nos amenaza o que quiere dominarnos. El hecho de que sea refractario a nuestro poder no representa un poder superior al nuestro. Todo su poder consiste en su

²⁴ *El Tiempo y el Otro*, ed. cit., p. 129.

²⁵ Chanter, Tina (ed), op. cit., p. 17. Traducción nuestra.

alteridad. Su misterio constituye su alteridad”²⁶.

Que la alteridad femenina en tanto misterio tenga como causa al pudor, así como el ocultamiento y la oscuridad, son concepciones que le han traído duras críticas a la obra levinasiana:

“En *El Segundo Sexo*, publicado justo dos años después de los ensayos de Levinas, Simone de Beauvoir criticó la filosofía Occidental por definir a la mujer no en y por sí misma, sino en relación con el hombre, y aún más, en términos de aquello de lo que ella supuestamente carece en comparación con el hombre. Beauvoir sostuvo que, en la tradición, la mujer «está definida y diferenciada, con referencia al hombre y no él con referencia a ella; ella es lo incidental, lo inesencial, en tanto opuesto a lo esencial. Él es el Sujeto, él es el Absoluto —ella es lo Otro». Y si lo femenino es lo Otro, esto implica que el ‘Yo’, o el sujeto, es masculino. La mujer está, por lo tanto, privada del estatus de un sujeto pleno (full) y se la considera como un ser menos que completamente autónomo. En una nota al pie a esta discusión, Beauvoir cita *El Tiempo y el Otro*, como el más reciente trabajo filosófico en expresar explícitamente estas ideas”²⁷.

La mujer ha sido definida en oposición al Hombre, ha sido diferenciada y ‘creada’ en referencia a lo Mismo, al Yo masculino que es esencia y sujeto. La mujer ha sido referenciada, definida y diferenciada como una in-esencia. Lo femenino en tanto que alteridad, en Levinas, es un no-ser-aún, un situarse en medio del ser y el no ser; es evanescencia y proyección al por-venir, un posible lejano pero a la vez cercano, una potencia que se abre como horizonte de la paternidad: posibilidad del hijo (del *hijo-masculino*) pues como subraya Levinas:

“(…) el Tiempo y el Otro, se ha hecho a partir de la paternidad: lo posible que se ofrece al hijo, situado más allá de lo que el padre puede asumir, sigue siendo en cierto sentido suyo. En el sentido, precisamente, del parentesco. Es suya —o no indiferente— una posibilidad asumida por otro: merced al hijo, una posibilidad más allá de lo posible”²⁸.

¿La paternidad que aquí se propone es sinónimo de maternidad? La madre y también la *Amada* que Levinas anuncia, son expresión de una alteridad inmóvil, de la alteridad-contenido que coincide peligrosamente con el lugar de exclusión que la filosofía Occidental ha trazado, aquel que Simone de Beauvoir denunció poco después de la publicación de *El Tiempo y el Otro* y que presentamos anteriormente. Pero recordemos que la Amada no puede ser un sujeto pleno, pues el ser que ha puesto en discusión el propio Levinas, carece de unidad en su esencia, por tanto, cualquier reflexión debe advertir que incluso el supuesto sujeto-masculino ha sido ‘descentrado’ con anterioridad, pues no ha sido inscrito en una trama de totalidad que lo describa como una unidad del ser. El Yo, recordemos, es un ser-para-el-otro, un ser que existe en su hospitalidad, que en su soledad tiene *otro modo de ser*, otro modo de existir para sí.

²⁶ *El Tiempo y el Otro*, ed. cit., p. 130.

²⁷ Perpich, Diane, “From the Caress to the Word. Transcendence and the Feminine in the Philosophy of Emmanuel Levinas”, in *Feminist Interpretations of Emmanuel Levinas*, ed. cit., pp. 28-29 (traducción de Pablo Abufom y Ernesto Feuerhake).

²⁸ *El Tiempo y el Otro*, ed. cit., p. 75.

3. Aperturas

Como bien hemos señalado, la condición de alteridad que Levinas atribuye a lo femenino está dada por el *hurtarse de la luz*, por una fragilidad conceptual necesaria que sustenta la propuesta ética levinasiana. En oposición a la trama del ser, con lo femenino como receptor frágil, emergen la serie de *nociones afines* que hemos recorrido en este trabajo y que se presentan como oposición y posición excepcional frente al sujeto unitario.

Lo femenino ofrece entonces un rostro que va *más allá del rostro*. El rostro de la Amada *no expresa* el secreto que el Eros profana, pues éste *deja de expresar, expresa la negación de expresar*. “*En el rostro femenino, la pureza de la expresión se turba ya por el equívoco de lo voluptuoso*”²⁹. La Amada apresada e inapresable no es amante y se mantiene en una posición anterior a la posibilidad de futuro que abre el hijo. Se mantiene en el presente-futuro que no aloja un por-venir.

¿La amada es un sujeto que ama? ¿La amada actúa (comporta una acción)? No. La Amada, nos dice Levinas:

“no se opone a un yo como a una voluntad en lucha con la mía o sometida a la mía, sino, al contrario, como una animalidad irresponsable que no dice verdaderas palabras. La amada, al retornar a la infancia sin responsabilidad —esta cabeza coqueta, esta juventud, esta pura vida un «poco bruta»—, ha dejado su estatuto de persona”³⁰.

Si el amado no fuese la Amada, sino el Amado, ¿sería un ‘sujeto’ con cualidades distintas, sería un sujeto capaz de actuar ‘responsable y racionalmente’?

¿Qué es lo que hace que Levinas se decida por estas metáforas, si la posibilidad de modificar la posición de la mujer respecto de la *historia de la civilización* está tan a la mano? ¿Es acaso la premura de una alteridad radical que critique a la tradición filosófica excusa suficiente para volver a excluir a un excluido?

Sin duda, a la luz de estas preguntas, las conclusiones pueden ser decepcionantes. Según Diane Perpich:

“Irigaray señala que en un ensayo anterior sobre Levinas ella usó el término *l’amante* ‘para expresar que la mujer puede ser un sujeto enamorado (*un sujet amoureux*)’, una amante y no sólo una amada (*l’aimée*), un actor y no sólo el objeto pasivo del deseo. Irigaray sostiene que, al despojar a lo femenino de su subjetividad activa, Levinas se cuelga de la ‘roca del patriarcado’, abandonando al otro femenino, dejándolo ‘sin su rostro específico propio’, y agrega, ‘en este punto su filosofía se queda radicalmente corta de ética.’ Esta acusación es especialmente seria, por supuesto, dado que la filosofía de Levinas se propone como un re-pensamiento del sentido (*meaning*) de lo ético.

Siguiendo a Beauvoir e Irigaray, los lectores se han opuesto, desde entonces, a la descripción de Levinas en *Totalidad e Infinito* que representa a la Amada como una ‘animalidad irresponsable que no dice palabras verdaderas’, como un ser devuelto a la etapa de la infancia, ‘sin responsabilidad’, como una ‘coqueta’, un

²⁹ Levinas, Emmanuel. *Totalidad e Infinito*, ed. cit., p. 270

³⁰ *Ibíd.*, p. 273.

‘poco tonta’ y como habiendo renunciado a su estatus de persona”³¹.

El *Eterno Femenino* en tanto que oscuridad, ocultamiento y huida, representa la voluntad de una alteridad positiva que, radicada en ciertas características ‘propias’ de lo femenino, puede contener al Otro en tanto que Otro. ¿Pero es la Beatriz de Dante o el culto a la Dama de la caballería andante la clase de mujeres que queremos rescatar? La respuesta es, por cierto, negativa. La feminidad, lo femenino, comporta un rostro particular, situado, que no es posible pasar por alto, trayendo consigo una historia de exclusión que debe ser cuidadosamente advertida en cualquier metáfora que pretenda construirse. Aunque Levinas, según hemos visto a través de estos textos, manifiesta ‘buenas intenciones’, al reproducir la consideración de lo femenino como identidad única, frágil, blanda y maternal, convierte su propia pretensión de considerar al Otro en tanto Otro, en una ironía, en un juego de poder que ha vuelto a excluir lo femenino. Gesto que a pesar de la disparidad constituyente a toda relación y de la separación que no fusiona, parece anteponer un término a otro nuevamente.

Bibliografía

- CHANTER, Tina (ed.), *Feminist Interpretations of Emmanuel Levinas*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 2001.
- IRIGARAY, Luce, “The Fecundity of the Caress: A Reading of Levinas, *Totality and Infinity*, “Phenomenology of Eros””, en *Feminist Interpretations of Emmanuel Levinas*, editado por Tina Chanter, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 2001.
- LEVINAS, Emmanuel, *Totalidad e Infinito*. Sígueme, Salamanca, 2002.
- El tiempo y el otro*. Paidós, Barcelona, 1993.
- ROJAS, Sergio (ed.), *Jean Paul Sartre: Fenomenología, crítica y dialéctica*, Universidad ARCIS, Coloquio Internacional/Santiago de Chile/ Agosto 2004.

³¹ Perpich, Diane. *Ibíd.*, p. 29 (traducción es de Pablo Abufom y Ernesto Feuerhake).